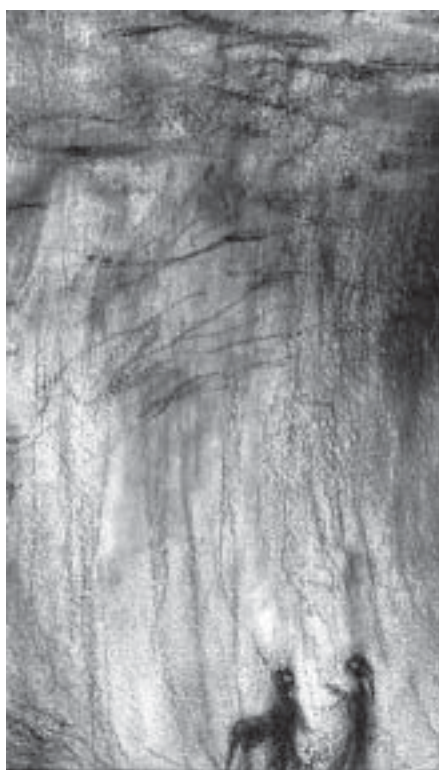


R A. SCHWALLER DE LUBICZ Y EL MISTERIO DE FULCANELLI

Walter Catalano



Traducción de José Antonio Hernández

La Naturaleza es la forma simbólica de lo que está fuera de ella.

R. A. Schwaller de Lubicz, *Verbo Natura*

El nombre de René Adolphe Schwaller de Lubicz es casi desconocido en Italia y en el resto de los países latinoamericanos, y se restringe a ciertos círculos de expertos. Si bien todas sus obras mayores han sido traducidas o están a punto de publicarse en italiano, la figura misteriosa y poliédrica de este alsaciano esquivo y aislado —como debe ser un verdadero iniciado— no ha gozado del reconocimiento que, a título cierto, merece en el panorama de la tradición esotérica occidental.¹ En realidad, se trata de un personaje que posee una relevancia de primer plano, sobre todo en el ámbito de la alquimia y de la egiptología “alternativa” de nues-

tro siglo, y muchas controversias suscitadas por los protagonistas de la “realidad secreta” forman parte de un mito que él contribuyó a crear. Basta mencionar un solo nombre: Fulcanelli.

René Adolphe Schwaller nació en Alsacia el 7 de diciembre de 1887. Después de la derrota francesa de 1870, las provincias de Alsacia y Lorena formaron parte del Reich alemán. René, hijo de un farmacéutico de Estrasburgo que desde niño lo inició en el estudio de la química, hablaba alemán en la escuela y francés con su familia. Como no quiere servir en el ejército invasor, el joven Schwaller se fuga a pie hacia Francia antes de cumplir el servicio militar y se refugia en casa de una tía en Asnières. Sumamente dotado para las artes figurativas, es aceptado sin dificultad en el estudio parisino de Matisse y se convierte en alumno del gran pintor.

Se casa con Martha, a quien conoce en el *atelier*, y con quien engendrará a su hijo Guy. En 1913 ingresa a la Sociedad Teosófica, en la que permanece hasta 1919, y escribe en la revista *El Teósofo*. Allí encontrará a los personajes que estarán involucrados en el “*affaire* Fulcanelli”: el hermetista Pierre Dujols y el pintor alquimista Jean-Julien Champagne, futuro maestro de Eugène Canseliet. El estallido de la guerra de 1914 lo sorprende cerca de un laboratorio químico del ejército donde es el encargado de hacer análisis.

Al finalizar la guerra se dedica a los veteranos; intenta facilitarles la difícil reinserción a la sociedad mediante la enseñanza de un despertar espiritual y moral: con este propósito fundó el grupo de Les Veilleurs (Los Vigilantes), y transforma la revista *El Teósofo* en *L’Affranchi* (*El Emancipado*), donde comienza a firmar utilizando el nombre místico de Aor (o más exactamente, Aor Mahomet Ahliah). El programa “revolucionario-conservador” del grupo y de la revista —inspirado en la teoría sinárquica de Saint-Yves d’Alveydre— atrae a muchos artistas e intelectuales franceses como Pierre Loti, Pierre Benoît, Camille Flammarion y el poeta lituano Oscar Wenceslao de Lubicz-Milosz (1877-1939), que pronto se convertirá en el amigo más cercano del futuro alquimista.

Al buscar un trabajo mejor remunerado que el de pintor, Schwaller conoce —siempre en el interior de su grupo— al armador Louis Lamy y a Louis Allainguillaume, director de una compañía carbonífera. Este último le pide reorganizar la estructura financiera de su empresa. En poco tiempo, la empresa decuplica sus entradas y el munificente Allainguillaume le concede un porcen-

taje fijo sobre las utilidades, lo que le garantiza al joven una definitiva seguridad económica. Quien también se beneficia de su nueva estabilidad pecuniaria es su amigo Oscar de Lubicz-Milosz, príncipe de Lusazia, conde de Lahunovo, jefe del Clan de Lubicz en su variante *Bozawola* (*Voluntad de Dios*), quien vive en virtud de una asignación mensual que le proporciona Schwaller, y gracias a la cual pudo luchar por la independencia de los tres países bálticos —Lituania, Letonia y Estonia— a través de la *Revista Báltica*, que él fundó y subvencionó con la ayuda de Schwaller. El activismo de Lubicz-Milosz logra, cerca de Alleati, un repentino triunfo: los Estados bálticos fueron liberados y el príncipe-poeta se convierte en ministro de Lituania.

Como reconocimiento hacia su fraterno amigo, Milosz adoptó a Schwaller en el Clan de Lubicz y lo investió con el título de caballero de armas de los de Lubicz Bozawola, según los ritos de la caballería antigua, es decir, después de una noche de ayuno y meditación. El 10 de enero de 1919 R. A. Schwaller se convierte, así, en Schwaller de Lubicz. Los dos hombres se mantendrán fraternalmente vinculados por siempre, a pesar de que ambos siguieron y buscaron direcciones espirituales opuestas: el lituano nunca se apartó de su ferviente cristianismo, mientras que Schwaller echó raíces en el hermetismo egipcio y pagano.

Schwaller y Milosz permanecieron juntos en el Centro Apostólico —siempre ligado a Los Vigilantes— que, bajo el lema de “Jerarquía, Fraternidad y Libertad”, patrocinaba varias iniciativas con la finalidad de lograr el “despertar evolutivo del género humano”. Entre sus iniciativas podemos recordar el

salvamento y recuperación de la Casa de Balzac en Auteil, o la fundación de un Instituto de Euritmia dirigido por Jeanne Germain, esposa de Georges Lamy (que en 1927 se volverá —después de enviudar y del divorcio de Schwaller de Martha— la nueva compañera del esoterista: Isha Schwaller de Lubicz).

El Centro y el grupo de Los Vigilantes se disolvieron en 1921, a causa del rechazo, por parte de los “cristianos” de Milosz, de las prácticas mágicas y espiritistas siempre más frecuentes entre los “paganos” de Schwaller. Según un testimonio, Milosz, cuando se encontraba próximo al final de su vida, les había implorado a sus amigos que no le hicieran preguntas sobre Los Vigilantes.²

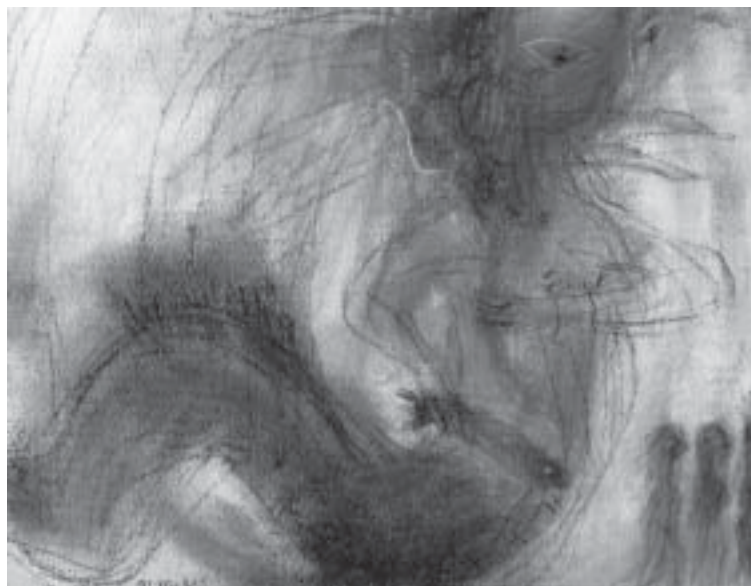
Al finalizar esta experiencia, Schwaller visitó África del Norte, donde probablemente recibió la iniciación sufí. En 1924, bajo la influencia de Rudolf Steiner, creó en St. Moritz, en Suiza, la Estación Científica Suhalia, inspirada en el Goetheanum del fundador de la antroposofía. Dedicada a las artesanías (leña, hierro, repujado, vidrio, tejido y tapetes), al estudio de la mecánica (construyeron y patentaron un nuevo tipo de motor, una hélice y un bote insumergible), a la investigación científica (química, física espectroscópica, microfotografía, astronomía) y a la homeopatía (el doctor Nebel, famoso homeópata de la época, consideraba excepcional las preparaciones del laboratorio), Suhalia hospedó a artistas e intelectuales renombrados, como el pintor dadaísta Jean Arp. En este periodo, Schwaller se concentra en una intensa actividad de editor, aunque limitada sólo al ámbito de los discípulos de Suhalia.

Schwaller —que en 1917 había escrito solamente un libro, *Estudio sobre los números*— completa hacia 1927 numerosos pasquines y opúsculos: *La llamada del fuego*, *La doctrina*, *El libro de los vivientes* y sobre todo *Adán, el hombre rojo*, texto que fue retirado de la distribución por el mismo autor poco después de su publicación, y que André Breton reconoció como una contribución fundamental a la filosofía del surrealismo. Pasarán casi veinte años para que el autor dé nuevamente a la imprenta algunos fragmentos de su propio conocimiento.

Después de la crisis económica de 1929, el maestro, a quien desde entonces todos llamaban Aor, su esposa Isha y los hijos de ambos —Jean Lamy, doctor en ginecología e inventor de la fonoforesis, una variante de la acupuntura; y Lucía Lamy, extraordinaria dibujante— fueron obligados a abandonar Suhaila, cuyos costos de mantenimiento eran insostenibles, y se establecieron en Plan de Grasse, en Provenza, donde adquirieron una propiedad. En 1930 Aor y el alquimista Champagne —a quien subvencionó por años— llevaron a cabo una importante operación alquímica: la fabricación de los azules y rojos de los vitrales de Chartres. Pero de esto hablaremos a detalle en su momento, cuando nos refiramos al “*affaire Fulcanelli*”.

En 1934 la pareja fue a Palma de Mallorca, a la otrora casa de Raimundo Lulio, para estudiar los antiguos manuscritos del alquimista que aún se conservaban, trabajo que fue interrumpi-

do por el estallido de la guerra civil española en 1936. Ese mismo año, después de un primer viaje a Luxor, decidieron establecerse en Egipto, donde, desde 1939, residieron por intervalos hasta 1952.



Mientras reposaba a la sombra de una *mastaba*, Isha, que durante seis años había estudiado los jeroglíficos y la egiptología clásica, recibió la revelación sobre la interpretación no simplemente fonética, sino simbólica, de los jeroglíficos. A la luz de este descubrimiento se pudieron traducir textos ininteligibles para los egiptólogos clásicos. Aor, Isha y la hija de ésta, Lucía —que copiaba magistralmente los bajorrelieves y las inscripciones— estudiaron durante años a detalle el templo de Luxor y los mayores lugares sagrados de Al Kemi, el Egipto faraónico.³

Todo este material confluirá en la obra posterior de Aor: *El templo en el hombre* (1949), *Del símbolo y de lo simbólico* (1951), *Sobre el esoterismo y el símbolo* (1960), *El rey de la teocracia faraónica* (1958), *El milagro egipcio* (1963), *Los templos de Karnak* (póstumo) y sobre todo *El templo del hombre* (1957), ver-

dadera *summa* monumental del pensamiento y de la sapiencia que Aor había recuperado de la arena y de las ruinas (y de la que proviene todo, desde la geometría a la anatomía, desde la medicina hasta la filosofía).

Isha, por su parte, después de haber escrito una *Contribución a la egiptología* (1950), prefirió dedicarse —lo que suscitó una gran desconfianza en su esposo— a la composición de dos novelas iniciáticas ambientadas en el antiguo Egipto: *Her-Bak Cecio* (1950) y *Her-Bak discípulo* (1951), historia de un pequeño granjero egipcio, llamado Cecio, que es elegido por los sacerdotes para ser

iniciado en los misterios del Templo. Después escribirá *La apertura del camino* (1957) y *La luz del camino* (1960), otras dos novelas-ensayo que no tienen que ver directamente con Egipto. Tras la muerte de Aor, *Aor, su vida, su obra* (1963), biografía no del todo confiable dedicada a su marido, pero que también contiene el fundamental libro *Verbe Nature*, uno de los últimos escritos de Aor.

Los egiptólogos clásicos recibieron con muchas reservas los estudios de la enigmática pareja, pero no todos. Alexandre Varille del Instituto Francés de Arqueología Oriental, y el arquitecto y arqueólogo Clement Robichon, se unieron con entusiasmo, en el curso de los años cuarenta, a Aor e Isha; colaboraron con ellos en el campo y publicaron, en el ámbito especializado, numerosos escritos en su defensa. Se desató una verdadera *querrela de egiptólogos* entre la ar-

queología oficial y la corriente “simbolista” capitaneada por Varille e inspirada por Aor. Poco después, Varille murió prematuramente en un accidente automovilístico en 1951, pero su trabajo tendrá el tiempo para influir en un gran sector “heterodoxo” de estudiosos. A partir de 1952, Aor e Isha se retiran de nuevo a Plan de Grasse y llevan una vida apartada, dedicada al estudio y a la escritura. Aor fallece el 7 diciembre de 1961, mientras que Isha lo seguirá el 24 diciembre de 1962. La hija de Isha, Lucía Lamy, continuará, hasta el día de su muerte —que sobreviene el 7 de diciembre de 1984— los estudios iniciados por sus padres, y publicará también un interesante volumen: *Misterios egipcios* (1981).

“¿No conoce a Fulcanelli, el autor de *El misterio de las catedrales?*”, le preguntó Aor a su huésped, mientras paseaban por la calle arbolada que se encontraba frente a la propiedad de los de Lubicz en Plan de Grasse, el Callejón de los Filósofos, como le llamaba Aor en recuerdo de la visita de Fulcanelli. El huésped era un joven estadounidense de origen holandés, André VandenBroeck, que se acercó al anciano esoterista para conocerlo después de haber leído alguno de sus libros. Aor lo reconoció como un igual: inteligente, políglota, versátil y, sobre todo, “un hombre que arde”, tal y como lo definió de inmediato. Entre 1959 y 1960 André se vuelve una especie de confidente y “discípulo” de Aor; su testimonio lo dejará en un libro sumamente interesante: *Al-Kemi: A Memoir. Hermetic, Occult, Political and Private Aspects of R. A. Schwaller de Lubicz*.⁴

Por desgracia, la relación entre ambos se deterioró rápido y finalizó definitivamente debido a la desconfianza polí-

tica de André —de origen judío y de simpatías siniestras— y al pasado prefascista y con tendencias antisemitas de Schwaller y Los Vigilantes (André cita con cierta malicia la “Carta a los judíos”, firmada por Aor y publicada, junto a otras, como la “Carta a los artistas”, la “Carta a los socialistas” y la “Carta a los filósofos ocultos”, aparecidas en *El Vigilante* en 1919).

Era... un típico gentilhombre de la burguesía francesa —así lo describe VandenBroeck—... con todas las cualidades propias de esa condición, y con al menos alguno de sus inconvenientes... Era un hombre de derecha... La verdadera derecha es monárquica y teocrática; quiere la autoridad, prefiere el derecho divino, cree en las elites... Una concepción que podría tener muchos puntos a su favor de no ser por su propensión a la demagogia, con el fascismo como expresión suprema.

Por el contrario, este es el retrato de Isha, a quien André encuentra así:

Con su negro cabello lacio, su piel olivácea y sus ojos sobresalientes, Isha tenía un evidente toque de Medio Oriente. Usaba vaporosas vestimentas blancas, y pesados aretes, anillos y collares que le conferían una divina apariencia cingara.

—Le debo precisar que nadie trabaja con mi marido excepto yo. Soy su única discípula.

Así lo recibe su mujer. Pero en poco tiempo el joven se arriesga a romper el hielo y se introduce en la vida de la pareja:

La misma Isha me dio los detalles de la experiencia casi mística a la que se vinculaba este conocimiento [alu-

de a la comprensión simbólica del alfabeto jeroglífico]. Esto sucedió en dos fases, en dos días de navidad separados un año uno del otro; se refería a este episodio como “El Plan de los Antiguos”. Este plano, mapa, esquema o modelo (jamás precisaron la forma de la revelación a Isha) ofrecía, entre otras cosas, la posibilidad de colocar cierto número de jeroglíficos en un *orden* que tenía sentido, creando así un alfabeto natural... Pero la cuestión era uno de los secretos mejor guardados por Isha, secretos que inmediatamente reconocí como la zanahoria que pendía en la vara...

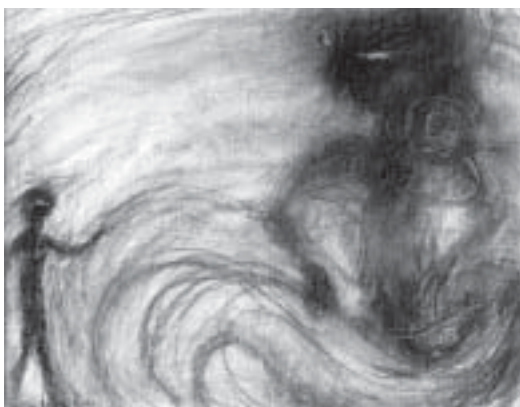
André, que simpatizaba más con Aor que con su esposa, rápidamente pasó a estar bajo la jurisdicción del jefe de familia y dejó a Isha huérfana del aventajado discípulo.

Esto lo hacía mientras paseaba en el Callejón de los Filósofos y, junto con ellos, la sombra de Fulcanelli.

Me llevó mucho tiempo encontrar la forma apropiada de lo que debía decir —confiesa Aor— y sólo en el Egipto faraónico he encontrado mi cifra, mi símbolo. Un simbolismo debe mostrarse, no se puede inventar y no puede ser convencional, como el lenguaje artificial de la lógica simbólica. ¿Se podría “inventar” la revelación crística? De ninguna manera. Debe florecer sobre la base del mito perenne, como símbolo, para, en su momento, nutrir con su cifra a algunos grandes autores, como lo hizo el medieval. Habría utilizado el símbolo crístico para decir ciertas cosas si Fulcanelli no me hubiese robado la idea... Incluso me ha hecho un favor: impidió que mi obra

se identificara con el simbolismo de las catedrales, y así me dejó disponible para Egipto, para Al-Kemi, para la alquimia. Se trata de la misma obra, naturalmente... pero lo que nos importa no es un renacimiento; es una resurrección.

Aor contó de manera muy fragmentaria pero explícita sus relaciones con Fulcanelli. En términos generales, el cuadro que dibuja coincide con el descrito por Geneviève Dubois en su acer-



tado estudio *Fulcanelli dévoilé* (1992).⁵ Intentaremos resumir los trazos más sobresalientes siguiendo los dos textos.

El mítico personaje del desconocido alquimista se reveló por primera vez al conocimiento del público no especializado en el libro de Louis Pauwels y Jacques Bergier *El retorno de los brujos* (1960), aunque en el ambiente esotérico ya era conocido desde hacía varios años debido a sus dos obras fundamentales, que eran, sin embargo, más citadas que leídas: *El misterio de las catedrales* (1926) y *Las moradas filosóficas* (1930). En realidad, como oficiosamente revelaron los dos estudiosos franceses, Fulcanelli no era otro que el mismo Schwaller de Lubicz.

Para Eugène Canseliet, por el contrario, gran divulgador de la alquimia y

propagador máximo y *verGINE vestale* del mito de Fulcanelli, el misterioso alquimista “fue enviado por la Fraternidad Blanca para facilitar la evolución de la humanidad. Es un verdadero rosacruz... un maestro con poderes extraordinarios”.

Canseliet fue discípulo de Jean-Julien Champagne desde la tierna edad de 16 años; Champagne mantuvo relaciones muy reservadas y estrechas con Aor. En el libro de VandenBroeck, cuando Aor habla de Fulcanelli, siempre piensa en

Champagne pero, para no infringir su juramento, nunca nombra a este extraño personaje.

Aor precisa:

Fulcanelli debe ser entendido como el nombre genérico de un esfuerzo múltiple que se extendió por casi medio siglo... Recuerdo que cuando decía Fulcanelli se refería al grupo completo de escritores y “sopladores de humo”:⁶ Canseliet, Dujols, Champagne, Boucher, Sauvage; todos ellos contribuyeron a dar forma a la producción de Fulcanelli, una vez que había difundido mis ideas entre ellos: mi investigación sobre las catedrales como vehículo... Poco después de un lustro, surge la fantástica erudición, gran parte de ella atribuida a Dujols y un poco a Canseliet,

al que se añade el trabajo gráfico de Champagne; así, estuvo listo un libro para su venta. Habíamos construido a la carrera, pero en el proceso nos faltó el momento, nos faltó la palabra.

Aor alude a la llamada Confraternidad de Heliópolis,⁷ compuesta por los personajes citados, pero en sus conversaciones con VandenBroeck habla de Fulcanelli como si fuera una sola persona, una persona de carne y hueso. En este caso, su referencia es sólo a Champagne.

El pintor Jean-Julien Champagne encontró al joven, que después se convertiría en Aor, en 1913; tenía alrededor de diez años más que él y, aunque no surgió una verdadera afinidad y simpatía entre am-

bos, por motivos de recíproca utilidad dio inicio una colaboración secreta e intensa entre los dos.

Champagne era un hombre extraño pero lleno de talento y contradicciones: alumno de los alquimistas León Gérome y Félix Gaboriau, maestro de Canseliet, admirador de Nicolás Flamel y de Basilio Valentino, bebedor empedernido, amigo íntimo de los novelistas Raymond Roussel y Anatole France, diseñador industrial e inventor locuaz (un trineo polar con propulsión de hélice), acérrimo enemigo del ocultismo pero en realidad asistente asiduo al Gran Lunario —había falsificado la identificación de su padre para hacerse pasar por alguien mayor en cuanto a su aspecto—, aborrecía la electricidad, prefería las lámparas de petróleo y le gustaba vestirse con ropa del siglo anterior.

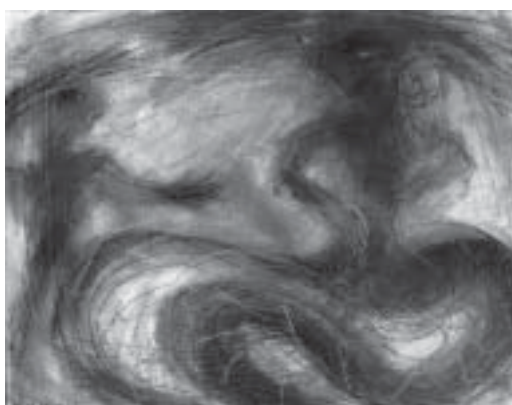
Lo encontraba de manera muy natural —testimonia Aor— porque frecuentábamos el mismo café, la Closerie des Lilas en Montparnasse... Entonces estudiaba también el simbolismo de las catedrales góticas... que era otra expresión del simbolismo. Textos alquímicos esculpidos en piedra, igual que los que habíamos encontrado muchos años antes en Egipto... Hablando con él me di cuenta que no era un *dilettante* ordinario, no era un “soplador de humo” ni un charlatán.

Sabía lo que hacía desde un punto de vista práctico... pero había algunos aspectos que no comprendía, aspectos teóricos de lo que llamo doctrina. En sus primeros estudios fue muy influido por la filosofía científica árabe, en particular por Jabir.

Había leído algo y sabía lo que podía ser materializado. Esa era su línea, pero también era el contraste entre nosotros y, por ello, nuestra complementariedad. Fue creador de una *técnica* del gesto apropiado, necesario para la obra, en lugar de dejar que fuera inspirado por una vía divina. ¡Pero que técnica! ¡Era un maniobrador increíble!

Champagne, que había trabajado en una librería anticuaria, se apropió de un texto manuscrito que databa de 1830, y que daba instrucciones precisas para la fabricación alquímica de los famosos colores azul y rojo utilizados en los vitrales de la catedral de Chartres, “*colores reales* que ningún producto químico es capaz de producir [...] vitrales impregnados en su masa por la volátil tinta del espíritu de los metales”.

Logró recabar muchas notas y le propuso al futuro egiptólogo que le ayudara; estipularon una especie de contrato. Aor le había esclarecido la teoría y le enviaba una suma mensual a Champagne, mientras éste conducía los experimentos en el laboratorio. Una vez terminada la operación, prescindirían del resultado o de su fracaso, y andarían por caminos separados. Sus relaciones debían permanecer en el más absoluto secreto, so pena de muerte para quien infringiese el juramento.



Durante todo el periodo de la guerra, juntos o separadamente, los dos prosiguieron con sus trabajos. En ese tiempo, Aor le había mostrado a su compañero los apuntes sobre su estudio de las catedrales góticas y el simbolismo alquímico. Champagne le prometió buscar un editor dispuesto a publicar el texto, pero se lo devolvió rápidamente explicándole que se revelaban demasiados secretos y que no era el caso hacerlos públicos. Aor compartió la opinión de su colega y partió rumbo a Suiza, donde estaba a punto de iniciar el proyecto Suhaila.

El 15 de junio de 1926 se publica *El misterio de las catedrales* y Aor tiene la ingrata sorpresa de descubrir que, bajo el misterioso nombre de Fulcanelli, se había publicado su trabajo (con adiciones e intercalaciones extraídas del in-

menso archivo del erudito Pierre Du-jols,⁸ y con ilustraciones de Champagne). De forma increíble, Aor no mostró rencor alguno hacia el plagiario; continuó enviando la mensualidad pactada y mantuvo inalteradas las condiciones del acuerdo.

En el caso de Fulcanelli —comenta Aor a VandenBroeck— lo que se publicó es inexorablemente fragmentario, lleno de oscuridad innecesaria y carente de utilidad para un

adepto que practique con seriedad, pero proporciona muchas municiones a los “sopladores de humo” con sus sentencias lapidarias. No representa un simbolismo propiamente dicho porque carece de la voz de su tiempo... Por lo que se refiere a Fulcanelli, representaba un extraño caso en las artes herméticas o de cualquier otro tipo; era un técnico maravilloso sin un gramo de visión filosófica. Muchas personas cultas, con numerosas lecturas tras de sí, podrán ser cualquier cosa pero sin doctrina, sin visión. Porque en la época en que carecía de los medios, yo lo financié, le di la oportunidad de instalar un pequeño laboratorio y le proporcioné un estipendio mensual suficiente para vivir y continuar con la obra. Mantuve esto hasta el final, y continué hasta que ya no es-

tuvimos juntos en Mas-de-Coucagno donde realizamos el experimento crucial. Muchos años después de eso, lo vi una sola vez, durante poco tiempo, en su lecho de muerte en su buhardilla de Montmartre.

Alrededor de 1930, Fulcanelli y Champagne paseaban por el Callejón de los Filósofos y discutían la última fase de su obra: el alquimista se había instalado temporalmente con su benefactor. Durante su convivencia, Aor dibujó con

aprendiz de brujo” según Vandenberg.

Menos de un año después, y contraviniendo las reglas establecidas, Champagne le escribe a Aor y le pide que vaya a París para comunicarle algo urgentemente. Los dos se encuentran de nuevo en un pequeño restaurante. Fulcanelli continuó con la obra y quiso repetir el experimento pero sin éxito. Sólo fue cuestión de las condiciones, del ambiente y de algunos detalles.



tinta roja un retrato extraordinariamente intenso de su compañero; Lucía Lamy, la hijastra, hace un esbozo distinto con palabras: un hombre desagradable que se comportaba de manera odiosa y bebía demasiado.

Ese día, después de 19 años de pruebas, el experimento tuvo éxito: “El fuego sólo se extingue cuando la obra está completada y cuando la tintura completa impregna el vidrio, el cual, de decantación en decantación, queda absolutamente saturado y se vuelve luminoso como el sol...”

Una vez lograda la obra, según el pacto, finalizaron las contribuciones y las relaciones entre los dos. Champagne regresa a París, Aor se despidió y comprende el siniestro brillo en la mirada de su compañero: “el síndrome del

¡Este loco! —prosigue Aor con su relato—. ¡Hablabas como un doctor de *Facultades*! Lo interrumpí y rechacé discutir tales cuestiones en un lugar público. Le recordé nuestro pacto, me levanté y me fui... Ya estaba enfermo cuando lo vi por última vez; suplicaba y se lamentaba de los disturbios que circulaban entonces. Pero persistía en el

insano deseo de hacer un protocolo con lo que creía haber comprendido. Le recordé de nuevo su voto de guardar el secreto y le advertí que nada bueno podía resultar de infringirlo. Fue inútil. Seis semanas después me escribió anunciándome el resultado de un encuentro que había tenido con un número limitado de sus adeptos: les había revelado nuestro experimento.

Aor corre a París un día antes de la cita, va a la buhardilla de Fulcanelli y lo encuentra agonizante: tiene un tumor canceroso en la pierna.

Tenía un color negro... y casi no podía hablar. Se imagina, ¡ya no podía hablar! Allí aguardamos por largo tiempo; después, reclinó la cabeza. Creo que entendió. Me señalé

una pila de cartas que estaba sobre el escritorio y me pidió que las guardara. Eran seis páginas del manuscrito sobre el que habíamos trabajado y que había robado, manuscrito que —o estoy muy convencido— era en el que reseñaba lo que habíamos hecho en aquel momento. Me hizo entender que quería que lo tuviera y que no existía copia del mismo. Lo guardé en mi bolsa y me fui. A la mañana siguiente había muerto.

El 29 de agosto de 1932, tres días después del deceso, el hombre que había inventado a Fulcanelli fue sepultado en el cementerio de Amouille-les-Gonesse. Sobre su lápida —hoy desaparecida— se podía leer la leyenda *Apostolus Hermeticae Scientiae*. Aor cubrió los gastos del funeral y la lápida.

Desde entonces, Schwaller de Lubicz abandonó casi por completo la alquimia y las catedrales: la gran aventura de Al-Kemi iba a comenzar. El maestro, finalmente, había encontrado su vía simbólica e interrumpió su largo silencio; escribió algunas de sus obras mayores por las que hoy lo recordamos. Así se lo confesó a Vandenberg en un pasaje denso que merece meditar:

Los textos herméticos no se leen para obtener información sobre los procedimientos alquímicos, se leen para formarse una mentalidad y una percepción... A lo largo de la historia del pensamiento occidental se mantiene la fractura entre los pitagóricos y los aristotélicos. Sólo que esa fractura reaparece otra vez: Kemi contra Babilonia. La sociedad contemporánea es la heredera de Babel. Pero corre paralelamente a la línea que se inicia con los faraones, y la

mentalidad es la opuesta. El hecho se refleja de modo más claro en las matemáticas. Como se sabe, *nada*

marca tanto el espíritu como los números. Hay una diferencia fundamental en la estructura científica

interna si se concibe el dos como uno más uno o como la división de dos entre uno. •

Notas

¹El interés por su pensamiento es creciente. Recientemente apenas fue traducido al italiano *La serpiente celeste* del estadounidense John Anthony West (Milán, Corbaccio, 1999), un afortunado intento por divulgar y simplificar su compleja doctrina, no siempre accesible, que Schwaller de Lubicz y su mujer Isha recopilaron en sus largos estudios sobre el Egipto faraónico. Con algunas concesiones de suyo inevitables al ambiente del New Age, la obra es digna, aunque dudamos que hubiera recibido la aprobación de Schwaller, esoterista cerrado y francamente “difícil” que veía como algo *snob* la obra narrativa de su compañera, obra que consideraba excesivamente subjetiva y psicologizante.

²André Lebois, “Presence de Milosz dans son œuvre”, en *France-Asie*, marzo-abril, 1949. Citado en Jean Rousselot, *O. V. de L. Milosz*, París, 1955. Se debería estudiar entonces la relación entre Los Vigilantes y el grupo mágico del Gran Lunario, que como emblema tenía al Bafomet y —según Robert Ambelain— se ocupaba también del satanismo y la magia negra. Jean-Julien Champagne lo frecuentó junto con Schwaller. Para el anecdotario: un ex miembro, Jules Boucher, cuando abandonó el Gran Lunario, se hizo exorcizar por el obispo gnóstico de Lyon.

³Al-Kemi proviene de *Kemit*, “la negra”, debido a la tierra negra del Valle del Nilo; de este nombre los griegos derivaron el vocablo *Khemia*. Como dice Hermes Trismegisto a Asclepio: “Tal vez ignoras, oh Asclepio, que Egipto es la copia del cielo, o, para decirlo mejor, el lugar al que se transfieren y se proyectan hacia abajo todas las operaciones que gobiernan y ponen en funcionamiento la fuerza celestial. Aún mejor: para decir toda la verdad, nuestra tierra es el templo del mundo entero”.

Al-Kemi es la aplicación de la gnosis hermé-

tica. Como lo sintetiza muy bien Isha en el prefacio a *Her-Bak*: “Para la sabiduría egipcia, el verdadero principio viviente es el *Hombre*, en el que están encarnados los principios y las funciones cósmicas, los *Neter*. Y los templos son las ‘casas’ en los que están representados los símbolos de estos *Neter*, porque el hombre aprende a reconocer en sí los elementos del gran mundo, del cual es el resultado y representa su síntesis”.

En otras palabras, como apunta Aor en *La teocracia faraónica*: “Traducimos la prescripción teológica con el término ‘religión’, pero el sentido atribuido hoy a este término no es el adecuado a la mentalidad del periodo faraónico. El antiguo Egipto no tenía ‘religión’, de acuerdo con los testimonios escritos de más de cuatro mil años: todo era *enteramente religión*, en su acepción más amplia y más pura”.
⁴Nueva York, Indisfarne Press, 1987. De VandenBroeck recordamos también otro libro: *Philosophical Geometry*, Rochester, Inner Traditions International, 1987. Texto muy complejo, de inspiración pitagórica, que debe mucho a los conceptos de Aor.

⁵Geneviève Dubois, *Fulcanelli: svelato l'enigma del più famoso alchimista del XX secolo*, Roma, Mediterranee, 1996.

⁶Se llamaba “sopladores de humo” —con evidente desprecio por parte de los verdaderos alquimistas— a los alquimistas materialistas y a los protoquímicos. Conocidos también los falsos alquimistas como “fabricantes de carbón”, hay entre sus filas algunos personajes que cobraron notoriedad, como el siniestro Cagliostro y el mismo Casanova [N. del T.].

⁷En el interior de este estrecho círculo se difundió, en relación a la figura de Fulcanelli, la leyenda alquímica del *Lenguaje de las aves*, argot oculto basado en la lengua griega, con el cual los iniciados intercambiaban sus secretos. Según Aor, por el contrario, actual-

mente sólo es posible que la cábala provenga de los jeroglíficos egipcios.

⁸También Dujols —quien murió en el mismo año de 1926— probablemente al enterarse del oscuro plagio perpetrado sufrirá el saqueo por parte de sus hermanos de Heliópolis: su abundante archivo sobre monumentos de carácter alquímico, junto con los de Canseliet y de Champagne, se publicará en 1930 como la segunda obra de Fulcanelli, bajo el título de *Las moradas filosofales*.

Bibliografía

Geneviève Dubois, *Fulcanelli: svelato l'enigma del più famoso alchimista del XX secolo*, Roma, Mediterranee, 1996.

Lucie Lamy, *Misteri Egizi*, Milán, Fabbri, 1982.

Isha Schwaller de Lubicz, *Her-Bak (Cecio)*, Milán/Catania, L'Ottava, 1985.

_____, *Her-Bak (Discepolo)*, Milán/Catania, L'Ottava, 1986. (El catálogo de L'Ottava fue sustituido hace pocos años por el sello de Neri Pozza.)

R. A. Schwaller de Lubicz, *Verbo Natura*, Roma, Tre Editori, 1998.

_____, *Esoterismo e Simbolo*, Roma, Tre Editori, 1997.

_____, *Simbolo e Simbolica*, Roma, Arkeios, 1997.

_____, *La Teocrazia Faraonica*, Roma, Mediterranee, 1994.

_____, *La Scienza Sacra dei Faraoni*, Roma, Mediterranee, 1994.

_____, *Il Tempio dell'Uomo*, Roma, Mediterranee, 1999, 3 vols.

André VandenBroeck, *Al-Kemi: A Memoir. Hermetic, Occult, Political and Private Aspects of R. A. Schwaller de Lubicz*, Nueva York, Indisfarne, 1987.

John Anthony West, *Il Serpente Celeste*, Milán, Corbaccio, 1999.